

Alfred Delp, S.J., mártir de una humanidad más justa

Martin Maier,
Stimmen der Zeit, München,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.

En la introducción a la edición alemana de sus cartas a Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino recuerda al padre Alfred Delp: “Sí recuerdo haber oído hablar del padre Alfred Delp, S.J., firmando en prisión, con sus manos esposadas, la fórmula de los últimos votos. Pero he de confesar que en aquellos años lo que más me conmovió era lo que eso expresaba de amor y fidelidad a la Compañía de Jesús. Sólo después lo comprendí como mártir, y que su fidelidad mayor había sido a la utopía de una humanidad justa y fraterna”¹.

En estas breves palabras Sobrino expresa lo esencial de la vida y de la muerte de Alfred Delp. Murió como mártir por su compromiso con la resistencia contra el régimen nazi en el Círculo de Kreisau. Lo que le movió a ello fue la justicia social. Y en definitiva, Delp murió por ser jesuita. Los nazis consideraron a los jesuitas entre sus enemigos principales, y ofrecieron liberar a Delp a condición de que abandonara la Compañía de Jesús. Delp no aceptó oferta tan sucia y selló su fidelidad a la Compañía con sus últimos votos en la prisión de Tegel en Berlín.

En Alemania, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Alfred Delp era conocido principalmente por sus escritos en la prisión. Fue un ejemplo luminoso de una parte de la Iglesia católica, que dio un paso al frente y se afilió a la resistencia activa contra el totalitarismo nazi, despreciador de los seres humanos. Por parte de la Iglesia evangélica hubo muchos creyentes como Dietrich Bonhoeffer. Durante varios meses Delp y Bonhoeffer incluso estuvieron juntos en la prisión de Tegel. Sin embargo, parece que entre ellos no hubo contacto directo.

1. Cfr. J. Sobrino, *Der Preis der Gerechtigkeit. Briefe an einen ermordeten Freund*, Würzburg, pp. 8 y s.

En el mundo hispanohablante, Delp ha sido poco conocido. Sólo uno de sus libros de la primera época sobre la filosofía de Martin Heidegger ha sido traducido al español². Por su pensamiento y compromiso histórico-social y teológico, Delp puede ser considerado con todo derecho como precursor de la opción fundamental de la Compañía de Jesús por la fe y la justicia, y de la teología de la liberación. Por esa razón es importante que, en adelante, sea mejor conocido en el contexto latinoamericano.

Tras unas breves indicaciones sobre la edición de los escritos de Alfred Delp, en este artículo queremos presentar resumidamente la biografía y algunos contenidos esenciales de su pensamiento: incapacidad de Dios del hombre moderno, humanismo teonómico, servicio al ser humano. En el siguiente apartado, abordaremos el perfil espiritual de Delp en base a sus escritos de la prisión bajo el epígrafe *Adoro et Suscipe*. Finalmente, en el último apartado, lo pondremos en relación con la opción fundamental de la Compañía de Jesús por la fe y la justicia, con la teología de la liberación y con Ignacio Ellacuría.

1. Las ediciones de los escritos de Delp

Poco después de la guerra, en 1947, se publicó por primera vez, en tres volúmenes, una selección de los escritos de Delp, recopilados y editados por su amigo Paul Bolkovac, S.J.³. El mayor impacto lo produjo el tercer volumen, que contiene los escritos de la prisión, bajo el título *Ante el rostro de la muerte*. Hasta 1981 se hicieron once ediciones. Partes de ese volumen han sido traducidas al francés y al inglés. Thomas Merton escribió la introducción a la edición inglesa. De los textos sacados a escondidas de la cárcel dijo que eran “quizás las meditaciones cristianas más lúcidas de nuestro tiempo”. No dudó en llamar a Delp místico.

Roman Bleistein, S.J., tiene el mérito de haber publicado en cinco volúmenes una edición crítica —y en lo posible más completa— de los escritos de Alfred Delp⁴. El primer volumen abarca los primeros escritos espirituales de los años 30. En el segundo volumen se recogen todos los textos filosóficos. El tercer volumen recoge los sermones y discursos de Delp, especialmente los de su épo-

2. A. Delp, *Existencia trágica: notas sobre la filosofía de Martin Heidegger*, Madrid, 1942.

3. A. Delp, *Christ und Gegenwart*, vol. I: *Zur Erde entschlossen* (1949), vol. II: *Der mächtige Gott* (1949), vol. III: *Im Angesicht des Todes* (1947).

4. A. Delp, *Gesammelte Schriften*, vol. I: *Geistliche Schriften* (1982), vol. II: *Philosophische Schriften* (1983), vol. III: *Predigten und Ansprachen* (1983), vol. IV: *Aus dem Gefängnis* (1984), vol. V: *Briefe-Texte-Rezensionen* (1988). En adelante, para citar esta colección de escritos dentro del texto, se hará entre paréntesis, con números romanos para el volumen y números arábigos para la página.

ca como párroco de la Iglesia de Sankt Georg en Múnich-Bogenhausen, de 1941 a 1944. Por lo general, estos sermones fueron transcritos a mano por los oyentes. El cuarto volumen contiene los escritos de la prisión, junto con los textos relacionados con el juicio ante el Tribunal del Pueblo. En comparación con la edición anterior de Paul Bolkovac, Roman Bleistein ha publicado numerosas cartas y escritos secretos recientemente encontrados. Finalmente, en 1988, apareció un quinto volumen de las obras completas de Delp, que no estaba previsto inicialmente, en el que se recogen cartas, textos y reseñas que fueron apareciendo después. En 1989, Bleistein publicó la biografía definitiva *Alfred Delp: Historia de un testigo*⁵.

2. La biografía de Alfred Delp

Alfred Delp nació el 15 de septiembre de 1907, en Mannheim, como el segundo de cinco hermanos. Se crio en Lampertheim, una pequeña ciudad de cerca de 9,000 habitantes. En 1922 entró al seminario diocesano de Dieburg. Como estudiante de secundaria fue miembro del movimiento de jóvenes católicos "Bund Neudeutschland". En 1926 terminó la secundaria como el mejor alumno de la clase. El 22 de abril, para sorpresa tanto de su familia como de sus amigos, entró en el noviciado de los jesuitas en Tisis, Feldkirch. De 1928 a 1931 estudió filosofía en el instituto superior de la Compañía en Pullach, cerca de Múnich. Entre sus compañeros de clase fue recordado especialmente por su alegría contagiosa, pero también por la seriedad de su pensamiento, con el que ya entonces arremetió el estudio de la filosofía de Martin Heidegger. Fruto de ello fue su primer libro, en 1935, con el título *Existencia trágica: la filosofía de Martin Heidegger*⁶.

Entre Alfred Delp y Karl Rahner existió una cercanía especial. Rahner había entrado a la Compañía pocos años antes que Delp. Llegaron a conocerse mejor cuando Rahner enseñó latín, entre 1927 y 1929, en el noviciado de los jesuitas. Entre sus alumnos estaba Delp. Se hicieron amigos. Durante la Segunda Guerra Mundial, Rahner vivió en Viena, pero poco antes de ser detenido visitó a Delp en Múnich. Delp le habló de sus contactos con el Círculo de Kreisau (*cf.* I, 43). Dada la relación entre ellos, Rahner escribió la introducción al primer volumen de las obras completas de Delp, *Gesammelte Schriften Alfred Delps*. En ella dice que "estos textos son más que papel impreso. Dan testimonio de lo que motivó la vida y la muerte de Delp... Están escritos por un hombre que selló lo que dice en estos textos con encarcelamiento durante seis meses y muerte por ahorcamiento, lo cual probablemente hubiera podido evitar" (I, 44).

5. R. Bleistein, *Alfred Delp: Geschichte eines Zeugen*, Frankfurt, 1989.

6. A. Delp, *Tragische Existenz: zur Philosophie Martin Heideggers*, Freiburg, 1935.

De 1931 a 1934, Delp trabajó como formador de la juventud en los colegios de los jesuitas en Feldkirch y Sankt Blasien. Entusiasmaba e inspiraba a los estudiantes, especialmente con juegos deportivos al aire libre, que eran desconocidos. De 1934 a 1936 Delp estudió teología en la ciudad neerlandesa de Valkenburg y en Sankt Georgen en Frankfurt. Uno de sus compañeros de clase fue Pedro Arrupe, quien posteriormente fue Superior General de la Compañía de Jesús. Años después, en una entrevista con Jean-Claude Dietsch, Arrupe habló de Alfred Delp explícitamente como de un mártir⁷. Tras una larga formación religiosa Delp fue ordenado sacerdote por el cardenal Michael von Faulhaber el 24 de junio de 1937 en la Iglesia Jesuita Sankt Michael de Múnich.

Después de un tiempo de trabajo pastoral y de la última parte de la formación de los jesuitas —lo que se llama tercera probación—, en 1938, Alfred Delp pasó a ser miembro de la redacción de *Stimmen der Zeit* en Múnich-Bogenhausen, revista llevada por los jesuitas desde 1871. Delp debía encargarse de las cuestiones sociales en la vida científica y política. Para profundizar en los estudios en sociología, en 1939 quiso inscribirse en la Universidad de Múnich. Pero fue rechazado por ser jesuita. Desde que los nazis tomaron el poder, los jesuitas fueron objeto de varios acosos. Junto a los judíos y los comunistas, fueron considerados como enemigos especiales del régimen.

Los artículos de Delp en *Stimmen der Zeit* giraron alrededor de temas de justicia social, el sentido de la historia, la capacidad de Dios de los seres humanos y la misión servidora de la Iglesia. El 14 de abril de 1941, la residencia de la revista fue incautada por la Gestapo. Los jesuitas tenían dos horas para empacar lo más necesario. Hubo que esperar a 1946 para que la revista volviese a salir. Lo primero que se publicó fue una conmovedora meditación sobre el padrenuestro, basada en los escritos de la prisión de Delp.

En el verano de 1941, Delp fue párroco de la iglesia de St. Georg en Múnich-Bogenhausen. A mediados de 1942 el provincial de los jesuitas, Augustin Rösch pidió a Delp cooperar con lo que más tarde fue el Kreisauer Kreis, el Círculo de Kreisau. El interés del Círculo, alrededor del conde Helmuth James von Moltke, no era el derrocamiento violento del régimen, sino la planificación de la reorganización del Estado y de la economía basados en valores cristianos, cuando terminase la dominación nazi. Delp aportó las ideas de la enseñanza social católica. Para ello se basó sobre todo en la encíclica *Quadragesimo anno*, de 1931, de Pío XI. En el juicio, Roland Freisler, presidente del Tribunal Popular, lo consideró “crimen de alta traición”.

7. Cfr. P. Arrupe, *Mein Weg und mein Glaube. Ein Gespräch mit Jean-Claude Dietsch*, Ostfildern, 1983, p. 25.

Durante los ataques aéreos sobre Múnich, Delp se dedicó, con todas sus fuerzas, al rescate de las víctimas que habían quedado enterradas en los escombros. Cuando las cruces fueron retiradas de las escuelas por orden de los nazis, se aseguró de que fueran colocadas nuevas cruces. Aun sabiendo que los funcionarios del sistema educativo volverían a retirarlas, esta acción sería una señal para todos, amigos y enemigos. También se puso del lado de los perseguidos judíos y les ayudó a huir. Fue apreciado especialmente como predicador.

La mañana del 28 de julio de 1944, Delp fue detenido por dos oficiales de la Gestapo después de la misa en St. Georg. Lo trasladaron a Berlín, donde durante los interrogatorios de la Gestapo en la calle Lehrter fue sometido a graves torturas. Estaba considerado como uno de los presos implicados en el fallido intento de asesinato contra Hitler el 20 de julio y, por tanto, recibía un trato especialmente duro en la prisión. Día y noche tenía que llevar esposas. La mayoría de sus apuntes los escribió con las manos esposadas. Sin embargo, en el juicio desaparecieron los cargos de haber participado en el atentado del 20 de julio.

En los siete meses de cautiverio, y en espera de la probable ejecución, vivió una situación existencial límite. Es impresionante y conmovedor constatar en sus cartas y apuntes de la cárcel, cómo a través de un proceso de maduración dolorosa Dios le llevaba a la entrega activa de su vida. El 8 de diciembre de 1944 fue un momento crucial. En prisión, en manos de su hermano jesuita Franz von Tattenbach⁸, hizo sus últimos votos y de esa forma selló su vinculación con los jesuitas hasta el final. La Gestapo le había ofrecido dejarlo ir si él salía de la Compañía. Delp escribió en su voto: "La vida ha adquirido así y ahora su forma definitiva. El destino externo ya sólo es oportunidad para la confirmación y la lealtad" (IV, 42).

Después de una larga espera, el 9 de enero de 1945 comenzó finalmente el juicio de los miembros del Círculo de Kreisau. Sobre el modo de actuar del presidente del tribunal Freisler contra los acusados, se conocen apuntes que comunican lo que era la "administración de justicia" nacionalsocialista: "Usted, gruñón; usted, hombrecito de la clerigalla, algo como usted se atreve a atentar contra la vida de nuestro querido líder.. Una rata hay que extinguirla, hay que aplastarla"⁹. Un testigo recuerda lo siguiente. "Ante tales desenfundados insultos y afrentas Delp mantuvo un dominio sobre sí mismo casi sobrehumano, que impresionó a todos los presentes"¹⁰.

8. Franz von Tattenbach, en 1973, fue destinado a Centroamérica; y en Costa Rica, y después en Guatemala, fundó las escuelas radiofónicas *El maestro en casa*. En el Instituto Guatemalteco de Educación Radiofónica (IGER), hasta el día de hoy se han inscrito más de 500,000 estudiantes.

9. R. Bleistein, *Alfred Delp, óp. cit.*, p. 377.

10. *Ibidem*.

Después de su condena continuó un angustioso período de espera. El 23 de enero tuvo que presenciar cómo sus amigos, especialmente Helmuth James von Moltke, fueron llevados a ser ejecutados. El 31 de enero, él también fue transportado a la prisión de Berlín-Plötzensee, donde tenían lugar las ejecuciones. El 2 de febrero de 1945, poco antes de las tres de la tarde, Alfred Delp fue sacado de su celda. Sus manos estaban atadas a la espalda. Le hicieron caminar un breve trecho hasta el lugar de la ejecución. Peter Buchholz, el sacerdote de la prisión, quedó profundamente impresionado por la compostura con la que Delp fue a la horca. Sus últimas palabras fueron: “Oh, señor párroco. En media hora, sabré más que usted”¹¹. Bajo un techo estaba pegado un raíl de hierro con ganchos de carne. El fiscal dio lectura a la sentencia de muerte y concluyó: “Acusado, usted ha sido condenado a muerte en la horca por el Tribunal Popular. Verdugo, cumpla con su obligación”. Tras unos segundos, llegó la respuesta: “La sentencia se ha cumplido”.

Un preso de Plötzensee fue encargado de limpiar la celda de Delp. Sobre la pequeña mesa encontró unos anteojos rotos, un rosario y el libro *La imitación de Cristo*, de Thomas Kempis. Anteojos: símbolo del pensador, el científico Delp. El rosario: símbolo del Delp orante. *La imitación de Cristo*: por eso fue Delp a la muerte.

3. Elementos esenciales del pensamiento de Alfred Delp

A continuación ofrecemos un resumen de algunos temas centrales del pensamiento de Alfred Delp, limitándonos a sus escritos de la prisión. Estos escritos, en su conjunto, son textos de diferentes géneros literarios. Junto a cartas y meditaciones religiosas, hay análisis de carácter histórico-filosófico y de carácter histórico contemporáneo. Vamos a fijarnos en tres temas en detalle: la incapacidad de Dios del hombre moderno, el humanismo teonómico, el servicio al hombre.

3.1. La “incapacidad” de Dios del hombre moderno

Delp habla una y otra vez de “la incapacidad de Dios del hombre moderno”, que describe de la siguiente manera: “Entonces, nuestra vida se ha convertido en vida sin Dios en el sentido de vacío: Dios ya no está con nosotros; y en el sentido de actitud: Dios es pasado por alto, negado, se le niega cualquier derecho sobre la vida. Ya no solo somos no participantes de Dios, ya no solo somos no deseosos y necesitados de Dios, ya no somos capaces de Dios” (IV, 197).

En otro contexto, escribe sobre la “soledad y desamparo” del hombre moderno, que, en forma de dictado taquigráfico, desarrolla en las siguientes frases programáticas (IV, 246):

11. *Ibíd.*, p. 408.

El hombre de la soledad creciente: disolución del orden, de la sociedad, de las relaciones auténticas.

El hombre de la impotencia creciente: política - económica - en la historia - moralmente.

El hombre de la enajenación creciente: huida en sensaciones, el entretenimiento, etc.

El hombre de la masificación creciente: pérdida del propio rostro, surgimiento del tipo.

El hombre de la incapacidad creciente del perdón: crueldad sin compasión.

El hombre de la modernidad, para Delp, ha desembocado en una condición en la que es incapaz de Dios. “Los órganos” de su experiencia de Dios se han atrofiado. Para Delp el estar relacionado con Dios, remitidos a Dios, pertenece a la esencia del ser humano. Él habla de su “tensión más allá de sí mismo”. La disminución de esta tensión: renunciar a ella, embotamiento, resignación, insensibilidad, atrofia de los órganos, la pérdida del nervio espiritual, superesfuerzos y cansancio de la vida, todo ello es una de las heridas mortales, por las que se desangra el hombre de hoy (IV, 188). Sin Dios el hombre se congela en el frío del hielo de una terrenalidad absoluta. Y “se ahoga en el sinsentido que todo lo atraviesa, que se le impone como resultado de su propia vida, cuando se separa de la tensión temporal-eterna” (IV, 211).

Si la relación con Dios pertenece a la esencia del hombre, entonces, en el caso que se la niega, otras realidades ocupan su lugar. Dios se disuelve en subjetivismo o en colectivismo: “Entonces, ya no sabemos nada de la soberanía divina. Nuestra relación con Dios, carece, incluso cuando todavía existe, de líneas claras y de orden. El Dios Señor, bajo cuyo orden inviolable y bajo cuya ley intocable está el hombre, se disuelve en la comprensión psicológica, en las condiciones de vida y necesidades subjetivas de la vida de tipo individual y colectiva. Aquí se encuentra uno de los focos centrales de la enfermedad en el entramado de la vida contemporánea” (IV, 206).

“El ser humano no puede bastarse a sí mismo, sino que apunta más allá de sí mismo”. Delp escribe sobre el anhelo del hombre más allá de sí mismo, e impelle a “conocer y reconocer siempre de nuevo hambre y sed más allá de nosotros mismos” (IV, 202). “No se puede funcionar sin un mínimo de trascendencia. El espíritu, el hombre tiene que querer más allá de sí mismo, si quiere seguir siendo humano” (IV, 311). “El hombre es una esencia que está referida. Cualquier intento por parte del hombre de pasar por alto, disolver, quebrantar esa referencia lleva a la ruina del mismo hombre” (IV, 233).

El hombre está esencialmente referido a Dios. “Dios pertenece a la definición del hombre... Cualquier otra comprensión del hombre sobre sí mismo es fatal y desastrosa” (IV, 233). Por lo tanto, es necesario “liberar el instinto divino,

que nos ha sido dado, de los escombros del endurecimiento y de la seguridad. Volveremos a ser los grandes orantes y al mismo tiempo los grandes sanadores y bendecidores” (IV, 212). De lo que se trata es, en definitiva, de hacer al hombre nuevamente capaz de la religión y capaz de Dios (véase IV, 312).

En su meditación sobre el padrenuestro, Delp ofrece una impresionante síntesis de esta referencia imprescindible del hombre a la trascendencia divina: “El hombre y la humanidad se pierden en la desesperanza, si en el centro de la vida no hay un valor intocable, un bien intangible. El orden de los humanos está tan dirigido a la necesidad de santificar algo que cuando su auténtico centro es eliminado o alterado, otro, falso, se pone en su lugar forzando su santificación. Nosotros venimos del diálogo con este centro autoimpuesto. Estos valores sustitutivos son mucho más absolutos e inflexibles que el Dios vivo... Solo conocen exigencia, violencia, poder, amenaza, aniquilación. ¡Ay de aquel que es diferente!” (IV, 229).

3.2. El humanismo teonómico

Este estar relacionado y referido del hombre a Dios está en relación estrecha con lo que Delp llama “humanismo teonómico”. Con ello quiere decir que, en ese orden, el ser humano está en el centro, aunque, al mismo tiempo, dirigido por las leyes y mandamientos de Dios. De esta manera, se adelanta al “giro antropocéntrico” que en el siglo XX Karl Rahner llevó a cabo en la teología católica. Sin embargo, teocentrismo y antropomorfismo no se excluyen, sino que están en mutua relación. En una carta a su ahijado Alfred Sebastian, poco antes de su ejecución, escribe lo siguiente: “Ese fue el sentido que di a mi vida, mejor dicho: el sentido que le fue dado, propagar la alabanza y la adoración de Dios, ayudar a que los seres humanos puedan vivir en orden y libertad de Dios y puedan ser seres humanos. Quería ayudar —y quiero ayudar— a encontrar una salida de la gran miseria a la que hemos llegado y en la que hemos perdido el derecho a ser seres humanos. Solo el que ora, ama, vive de acuerdo a Dios, es un ser humano y es libre y capaz de vida” (IV, 140).

Con el giro antropocéntrico la teología católica superó el modelo de “dos pisos” en la relación entre naturaleza y gracia. También esto aparece ya en Delp cuando escribe: “En la vida casi todo depende de mantener y no traicionar la tensión entre immanencia-trascendencia, más acá—más allá, naturaleza-sobrenaturaleza” (IV, 255). Ello va de la mano con una nueva comprensión de la historia del mundo y de la historia de la salvación en relación intrínseca: la salvación cristiana no tiene solo una dimensión del más allá, sino que tiene también una dimensión histórica¹². Por esa razón la cuestión social representa un reto para la fe y la iglesia.

12. En 1941 publica el artículo “Weltgeschichte und Heilsgeschichte” (“Historia del mundo e historia de la salvación”) en *Stimmen der Zeit*, que toca el tema. Cfr. A. Delp, *Gesammelte Schriften*, vol. II, pp. 321-347.

El humanismo teonómico de Delp toca las relaciones sociales, que para él son en parte responsables de la incapacidad de Dios del ser humano. Así, al humanismo teonómico le pertenece un “mínimo que garantice vivienda, un orden y alimentación” (IV, 310). El estar orientado de acuerdo a la ley de Dios significa para la dimensión social del ser humano lo siguiente: “El nuevo orden del mundo debe ser la forma histórica del orden de Dios, pues de otro modo sería construir una torre y preparar su colapso” (IV, 314). Delp describe este orden como “socialismo personal”, que surge de una “tercera idea” entre capitalismo y socialismo, en la que es importante distinguir entre socialismo y marxismo. El punto de referencia central en su pensamiento ético-social es la encíclica *Quadragesimo anno*, de 1931. También en las reuniones con el Círculo de Kreisau su contribución se fundamentaba, sobre todo, en los contenidos de esta encíclica de Pío XI. Delp vio en el problema social un desafío crucial para la Iglesia: “Y puesto que el tema clave de este siglo es para el mundo entero la recuperación de un orden social, en ello está nuestra gran posibilidad y responsabilidad” (IV, 328).

3.3. El servicio al hombre

En sus escritos de la prisión Alfred Delp reflexionó sobre la crisis de la Iglesia con perspicacia asombrosa. Pide “honesta sobriedad” al constatar “que hoy en día la Iglesia no es uno de los principales poderes y fuerzas de la humanidad” (IV, 323) y que “la idea cristiana... no es de las ideas principales y creadoras”. Anticipando la intuición central de la Constitución del Concilio Vaticano II *Lumen Gentium*, escribe: “La Iglesia ha de entenderse mucho más como sacramento, como camino y medio, que como fin y finalidad” (IV, 322).

La Iglesia católica tomó este “giro copernicano” con el Concilio Vaticano II. El enfoque principal ya no se ve en sus propios intereses y derechos, sino en el bienestar de la humanidad, de toda la humanidad. Para Juan XXIII eso significa: “La iglesia ya no debería preocuparse por sus propios problemas, sino servir a toda la humanidad en la búsqueda de justicia, paz y unidad”¹³. También su sucesor Pablo VI destacó en el discurso de clausura del concilio: “Hoy más que nunca [...] aspiramos al hombre como tal, no solo al católico; aspiramos a defender los derechos humanos primariamente y en todos lados, no solo los de la Iglesia católica”, abriendo así la puerta a una nueva relación de la Iglesia católica con otras religiones. Su punto común de referencia es el servicio al hombre, o con las palabras de Delp: “el humanismo teonómico”.

Que la Iglesia logre reencontrar el camino hacia el hombre depende en gran parte del regreso a la “diaconía”, al servicio a la humanidad: “Nadie va a creer en la Buena Nueva de la Salvación y del Salvador/Redentor, mientras no nos

13. Cfr. W. Seibel, *Johannes XXIII. Der Papst des Übergangs in einer neuen Zeit (Juan XXIII. El papa de la transición en un tiempo nuevo)*, Würzburg, 1964, p. 40.

hayamos despellejado hasta la sangre en el servicio al hombre física, psicológica, social, económica, moralmente y de cualquier otra manera enfermo” (IV, 321). En este contexto Delp hace alusión a la parábola jesuánica del Buen Samaritano, en la que la compasión es la actitud determinante hacia el herido en el camino: “Considero que en el actual momento histórico todos los esfuerzos directamente religiosos no darán fruto permanente. Mientras el hombre yace en la calle saqueado y golpeado hasta que le salga la sangre, será el prójimo, y por tanto el responsable, aquel que le cuide y que le dé posada, y no quien pasa caminando al “servicio sagrado” negando su responsabilidad por este caso” (IV, 316).

Alfred Delp prevé una vez más, casi proféticamente, el reajuste de la Iglesia en el Concilio Vaticano II, la que, poniéndose al servicio del mundo y del hombre, retorna a sus orígenes y se asemeja nuevamente a Jesús. El mismo Jesús había hecho del servicio su vida. En la última cena lavó los pies a sus discípulos y les invitó a lavarse los pies mutuamente. En eso se manifiesta que los pequeños y los insignificantes fueron los más importantes para Jesús: los niños, los pobres, los socialmente marginados. Eso se refleja en las famosas primeras palabras de la Constitución Pastoral del Concilio: “La alegría y la esperanza, la tristeza y el temor de la gente de hoy, en especial de los pobres y afligidos de toda clase, son también la alegría y la esperanza, la tristeza y el temor de los discípulos de Cristo. Y no hay nada verdaderamente humano que no tenga eco en su corazón” (*Gaudium et Spes*, 1).

4. El perfil espiritual: *Adoro y Suscipe*

Alfred Delp llegó a ser conocido después de su muerte, y hasta hoy llega a la gente sobre todo a través de sus escritos en la prisión que tienen carácter testimonial, como destacó Karl Rahner. Delp respondió de sus convicciones y de su fe con la propia vida. Durante los meses en prisión recorrió un camino espiritual que su hermano jesuita Gottfried Dümpelmann comparó con los ejercicios espirituales de San Ignacio. Los ejercicios son un tiempo espiritualmente intenso. En su forma original y completa duran un mes. También hay formas más cortas. Para hacerlos se recomienda salir del ambiente cotidiano y buscar una situación de retiro y silencio. Un elemento básico es la oración: una hora cinco veces al día. Es muy recomendable hacer los ejercicios bajo la instrucción de un acompañante con experiencia.

Quien se pone en la soledad y el silencio, sabrá que algo cambia en él. Él o ella experimentarán emociones y estados de ánimo distintos. Ignacio habla de consolación y desolación —estados de ánimo en contraste—. Y está convencido de que Dios se comunica a través de la consolación y la desolación. En eso son cruciales las normas para discernir los espíritus, porque Dios no sólo se comunica con el ser humano a través de los estados de ánimo positivos y agradables, sino también a través de tristeza y sequedad interior.

El presupuesto fundamental teológico de los ejercicios espirituales es que hay una interacción inmediata entre Dios y hombre, que Dios se comunica al hombre. Karl Rahner se ocupó intensamente con la pregunta sobre cómo puede ocurrir y cómo ocurre. Según él, en los ejercicios espirituales se consume la lógica del conocimiento existencial¹⁴, es decir, el conocimiento de la voluntad de Dios para cada individuo irrepetible.

Como todos los jesuitas, también Alfred Delp hizo los ejercicios de un mes dos veces a lo largo de su formación. La primera vez en el noviciado y la segunda en el terceronado, al final de la formación dentro de la Compañía. En la cárcel, Delp se encontró en una situación existencial de ejercicios espirituales. Palabras clave que se repiten son “Adoro et Suscipe” —Adoración y entrega por amor—.

En sus escritos de la prisión Delp guarda silencio sobre las condiciones duras, incluso brutales, de la cárcel. En la cárcel de la Gestapo en Lehrter Straße, en las primeras semanas lo torturaron cruelmente. Con un palo lleno de clavos trataron de conseguir que hablara. Delp escribe sobre sí mismo bajo el seudónimo de *Georg*: “A veces Georg no era más que un lloriquear sangriento... Pero Georg trató una y otra vez de transformar este lloriquear en las únicas dos realidades por las cuales vale la pena vivir: adoración y amor” (IV, 49). Más tarde pasa revista a una de las peores noches en Lehrter Straße: “Cómo luché toda la noche con Dios simplemente llorando ante Él en mi pena. Y sólo por la mañana entró en mí y me llenó la gran tranquilidad, una feliz sensación de calor y amor y fuerza al mismo tiempo, acompañada del conocimiento: esto es lo tienes que aguantar —y bendecida por la certeza: lo vas a aguantar—” (IV, 277).

En la cárcel de Tegel las condiciones de los prisioneros habían sido algo mejor, aunque bastante malas. Delp no era más que un número: Prisionero 1442. Como prisionero que relacionaron con el atentado del 20 de julio, tuvo que sufrir peores condiciones. La mayor parte del tiempo tenía las manos esposadas. La luz estaba encendida día y noche. Era casi imposible tener contactos con otros presos. La comida debió ser muy escasa: “Antes decía de vez en cuando que un pedacito de pan es una gran gracia. Hoy lo sé por experiencia amarga” (IV, 85). A veces padecía de dolor de muelas y sinusitis.

El perfil espiritual de Delp estuvo marcado por los ejercicios espirituales. Así escribe de la inmediatez de la experiencia de Dios: “Dios se le hace sentir al hombre como realidad viva, que le desborda y penetra gozosamente” (IV, 278). “En todas las cosas y condiciones y circunstancias” percibe “la sonrisa silenciosa de Dios” (IV, 278). Como puntos espirituales de referencia menciona a Agus-

14. Cfr. M. Maier, “La théologie des Exercices de Karl Rahner”, *Recherches de Science Religieuse* 79 (1991), pp. 535-560.

tín y al Maestro Eckhart. Dan prueba de la experiencia: “en el hombre mismo, en su centro más íntimo, sucede la vida de Dios” (IV, 166).

Los distintos estados de ánimo, en sentido de consuelo y desconsuelo, se reflejan sobre todo en sus cartas. Delp experimenta momentos de ira, de desesperación, de depresión. Sin embargo, una y otra vez surgen sorprendentemente una gran calma y una paz profunda. A finales de octubre de 1944 escribe en una carta: “No es un buen día. A veces todo el destino se agolpa en una carga y se siente el peso sobre el corazón, así que no se sabe hasta cuándo se puede pedir todo eso a este corazón” (IV, 22). Delp quedó totalmente aislado. Y comenta en su carta del 17 de noviembre de 1944: “Hoy es de nuevo un día duro. Dios me remite exclusivamente a mí mismo para remitirme solo a Él. Desde hace un tiempo estoy otra vez completamente aislado. Debo aprender lo que significa creer y confiar” (IV, 26). Y un poco después: “personalmente, para mí veo las cosas como una intensa educación de Dios en la fe” (IV, 29).

Pero luego le inundan, una y otra vez, experiencias totalmente inesperadas e inexplicables de felicidad y alegría. Así, el tercer Domingo de Adviento de 1944: “Y entonces me encuentro en tal situación que de repente el corazón ya no tiene capacidad para tal abundancia de vida y de felicidad” (IV, 161). Y en otro lugar: “Una cosa es más clara y perceptible que nunca: el mundo está tan lleno de Dios. Nos sale al encuentro por todos los poros de las cosas. Pero a menudo estamos ciegos... En todo, Dios quiere celebrar el encuentro y pide y quiere que le respondamos con adoración y entrega” (IV, 26). La entrega de todo la realizó Delp en dos situaciones decisivas: en sus últimos votos el 8 de diciembre de 1944 y en su ejecución el 2 de febrero de 1945.

4.1. Los últimos votos

Es algo peculiar de la Compañía de Jesús que los jesuitas hagan dos veces sus votos perpetuos. La primera vez al final del noviciado, cuando el novicio se compromete definitivamente con la orden, mientras ésta se reserva la posibilidad de disolver este compromiso. Éste se convierte en mutuo cuando los jesuitas hacen los últimos votos. Una de las razones para ello era, y sigue siendo, que la Compañía de Jesús, al aceptar a sus miembros, quiere hacer una selección estricta. Por ello, la admisión a los últimos votos requiere que cuatro jesuitas independientes escriban positivamente sobre el interesado en una información confidencial que solo leerán el provincial y sus asesores más cercanos.

Alfred Delp hizo la última parte de su terceronado de septiembre de 1938 a julio de 1939, en las alturas de Rottmann sobre el lago de Starnberg y ocasionalmente en Feldkirch, Austria. Al terminar el terceronado se suele iniciar, por lo general, el proceso de admisión a los últimos votos, y uno o dos años después del terceronado se suelen hacer los últimos votos. En el caso de Delp se retrasó el proceso, sin que sepamos exactamente por qué. Se puede suponer

que no todos los informes fueron positivos. Delp no era un hombre fácil, ni de fácil cuidado. Estaba considerado como temperamental e impulsivo. Podía parecer que siempre quería tener la razón, lo que causaba escándalo, al igual que su consumo algo excesivo de cigarros. Al interior de la orden era considerado como “carácter difícil”. Desde comienzos de los años 30 tuvo tensiones con su provincial Augustin Rösch. El retraso de los votos parece que le hizo sufrir, y hacerlos era por ello más importante. Finalmente, se determinó el 15 de agosto de 1944 como fecha para sus últimos votos. Para este día tan importante quería prepararse haciendo los ejercicios espirituales de una semana. Pero lo detuvieron el 28 de julio y la noche del 14 al 15 de agosto fue una de las más graves torturas por las que tuvo que pasar.

Como verdadera perfidia hay que comprender la oferta que la Gestapo le hizo a Delp. Si abandonaba la Compañía, podía salvar la vida y salir libre. Parece que Delp nunca consideró seriamente aceptar el “trato”. Por ello para él fue muy importante poder hacer sus últimos votos, milagrosamente, el 8 de diciembre.

Los prisioneros del Círculo de Kreisau pudieron comunicarse a través de sus celdas para rezar juntos la novena del 8 de diciembre, cuando se celebra la Inmaculada Concepción de María. La novena es una oración de nueve días en situación de necesidad y en preparación de una celebración o de un acontecimiento importante de la vida. Además, los prisioneros tenían que contar con que el proceso contra ellos tuviera lugar alrededor del 8 de diciembre. Un hecho realmente conmovedor es que los protestantes Helmuth James von Moltke y Eugen Gerstenmaier y los católicos Josef Ernst von Fugger y Alfred Delp formaron una comunidad ecuménica de oración.

La mañana del 8 de diciembre, Delp encuentra una “hoja de pedido” en la cesta de la ropa que, en clave, le comunica que “hoy” sería el día de sus votos anteriormente retrasados. Los breves comentarios sobre la hoja muestran que Delp estaba muy contento. Recibió los votos el P. Franz von Tattenbach, quien, arriesgando mucho, había estado en contacto con Delp durante los meses de cárcel. En una entrevista se acordaba de esta escena memorable: “Les dije a los oficiales que tenía que tramitar un asunto jurídico, puramente interno de la Orden, sin ninguna importancia para el proceso. Se trataba de un texto en latín que debería ser firmado. Allí estaba la traducción, por si la querían revisar. Bueno, y qué significaría todo eso. Pues será un nuevo compromiso con la Compañía de Jesús. El oficial se puso nervioso durante un rato. No recuerdo bien por qué, finalmente, se tranquilizó y le dio la posibilidad a Delp de leer el texto de los votos. Delp tomó la hoja, la leyó y se hundió hacia atrás. Yo tuve la gran preocupación de qué significaba ese gesto. Tal vez consideró que la situación era indigna y que prefería esperar hasta que pudiera hacer sus votos en libertad. ¿O qué es lo que estaba detrás? Le dije entonces que si realmente quería dar este paso, tendría que firmarlo. Enseguida tomó la pluma y muy dura y rápidamente escribió su

nombre corto. De pronto, y a tiempo, caí en la cuenta de que para que fuera válido ahora sí tenía que leer el texto, así que casi tuve que forzarle a que estuviera dispuesto no sólo a leer el texto, sino a pronunciarlo en voz alta. Cuando lo hizo con voz agitada y entrecortada, comprendí que estaba muy conmovido por todo el proceso. Obviamente, tuve que tratar de recordarlo con exactitud en la medida posible. Sólo pude tratarlo con dureza, formal y oficialmente. No nos enteramos de su reacción hasta algunos días después”¹⁵.

En una carta a Tattenbach del 9 de diciembre escribe: “Dios te lo pague y gracias, muchas gracias. Perdóname si empecé a ceder. Era demasiado. ¡Y me hizo caso! Todos los días de la novena hasta el 8 he pedido una señal de misericordia. Y ahora, cómo se ha cumplido... Me he despedido definitivamente de mi vida. Las cadenas exteriores ya no tienen ningún significado, pues el Señor me ha considerado digno de las *vincula amoris*” (IV, 39). “No dormí mucho anoche. Me quedé mucho tiempo sentado en mi tabernáculo, rezando siempre el *suscipe* en todas las variantes que se le pueden ocurrir a uno. [...] Quiero que guarden la fórmula suscrita en forma muy segura. Todos lamentarían si se perdiera. Debería escribir una carta que la rechazo”¹⁶. Como respuesta sería apasionante” (IV, 41)

El 13 de diciembre le escribió otra carta a Tattenbach: “Sólo poco a poco lo nuevo comprende el mundo interior. Se expande como gran calma y calor” (IV, 42). En una carta a su secretaria Luise Oesterreicher habla del periodo entre la fecha inicialmente prevista para sus votos y el 8 de diciembre: “Fue un largo periodo de educación, del 15 de agosto al 8 de diciembre. Pero al final se ha cumplido y las cadenas exteriores son solo un amargo símbolo de las ataduras de la libre entrega, que el espíritu ha consumado” (IV, 44).

Con sus votos Alfred Delp completó espiritualmente la entrega de su vida. Son “la confirmación de mi existencia interior” (IV, 52). Por ello, el 8 de diciembre de 1944 es para él momento de cambio y punto fijo: Está tan contento de que “lo del 8 de diciembre se logró. Por eso ahora estoy vivo. Dios me ha regalado un punto fijo en su universo, al que había esperado durante mucho tiempo. Todo lo demás es sólo secundario” (IV, 73). “Ahora la vida ha cobrado su forma válida y definitiva. El destino exterior sólo es oportunidad para comprobar la lealtad” (IV, 42).

4.2. Entrega de la vida

A medida que Delp se acerca a la muerte, se le hacen cada vez más importantes las dos palabras “Adoro et Suscipe”. Así escribe en sus reflexiones sobre la epifanía dos días antes del proceso: “Adoración y entrega son las palabras

15. R. Bleistein, *Alfred Delp, óp. cit.*, p. 333.

16. Alusión a la oferta de la Gestapo de que le hubieran dejado ir si hubiera abandonado la Compañía.

iniciales de la libertad humana. La rodilla doblegada y las manos vacías extendidas son los gestos iniciales de hombre libre” (IV, 218). Y un poco más adelante: “Hombre, suéltate hacia tu Dios, y tendrás otra vez a ti mismo. Adoración y entrega: sois las palabras iniciales de la vida, sois el camino recto y empinado hacia Dios, sois portales de la abundancia, sois caminos del hombre hacia sí mismo” (IV, 219).

Delp consume la esencia de la fe cristiana en cámara rápida: entrega por amor, desasimiento del propio yo hacia Dios. “Dios me ha dejado ganar un espacio hermoso de libertad interior. La despedida de mí mismo es la gracia de estas semanas duras” (IV, 94). Esto es lo que la pena de muerte le exige existencialmente: “En todo caso tengo que soltarme y acogerme interiormente” (IV, 110). Sin embargo, entrega y desasimiento le regalan una nueva libertad. Diez días antes de la ejecución le escribe a su ahijado Alfred Sebastian: “Sólo aquel que adora, que ama, que vive según el orden divino es hombre y libre y capaz de vida” (IV, 141). Y en su carta de despedida a Franz von Tattenbach: “El sentido de todas estas duras semanas ha sido la educación en la libertad interior... Me carga a menudo como a un niño que está soñando” (IV, 97).

La última reflexión de Delp versa sobre Pentecostés: “Veni sancte spiritus”. La escribió después de la condena a pena a muerte. Roman Bleistein con razón la califica como su “testamento espiritual”¹⁷. A veces el lector tiene la impresión como si Delp hablara habiendo experimentado ya la felicidad eterna: “Por su presencia santa es consolador y consuelo al mismo tiempo antes de que el Espíritu opere algún efecto en el hombre... La experiencia mística no es otra cosa que el sentir y experimentar, simple, pero estremecedor, de lo que aquí se expresa. Y la felicidad eterna, la experiencia duradera de esta relación. Tan profunda y definitivamente conforta el espíritu de Dios que supera definitivamente las experiencias fundamentales de desconsuelo, soledad e impotencia, y desplaza su sustancia tóxica del organismo” (IV, 270).

El Viernes de Sagrado Corazón siempre era un día especial para Delp (*cfr.* IV, 34). El 26 de enero escribe una carta a dos mujeres, íntimas amigas: “La semana que viene es Viernes de Sagrado Corazón y Día de María al mismo tiempo. Recen, por favor” (IV, 146). Hay dos días festivos previstos en la Compañía de Jesús para hacer los últimos votos: el día de la Asunción, el 15 de agosto, y María Candelaria o Fiesta de la Presentación del Señor, el 2 de febrero, que recuerda a la ofrenda de Jesús en el templo. El Viernes del Sagrado Corazón en febrero de 1945, Fiesta de la Presentación del Señor en el templo, de María Candelaria, Alfred Delp consumó su *Suscipe* en su forma extrema: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro,

17. *Cfr.* R. Bleistein, *Alfred Delp, óp. cit.*, p. 355.

disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta”.

5. La actualidad de Alfred Delp

Increíblemente, Alfred Delp sigue siendo actual. Sus escritos en la prisión, en especial, todavía hoy hablan a muchas personas. Esto se debe, por un lado, a que de manera ejemplar consumó la esencia de la fe cristiana en consecuencia total: la libre entrega de la vida por amor. “No hay mayor amor que dar la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Por otro lado, Delp diagnosticó muy perspicazmente la crisis del hombre moderno. Presintió y previó de manera ejemplar el avance de muchos procesos. Finalmente, pronto llegó a entender que la cuestión social es central para la iglesia y la humanidad entera.

Alfred Delp puede considerarse precursor de la decisión fundamental de los jesuitas por la fe y la justicia —tanto por lo que toca a su pensamiento y compromiso como por lo que toca a su martirio—. La Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús (1974/75) define la identidad de los jesuitas en el mundo de hoy de esta manera: “Ser jesuita hoy significa reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús. Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”¹⁸. Lo que hoy determina a la Compañía de Jesús es la participación en la lucha por la fe y por la justicia. El compromiso con la justicia no es simplemente un servicio entre otros, sino la característica específica y la dimensión integrante de todas las actividades de los jesuitas. Se trata de una decisión fundamental de la cual derivan todas las demás decisiones, declaraciones y orientaciones.

Esta decisión fundamental no tiene su fundamento primariamente en razones sociales o políticas, sino en el mismo Dios. En los profetas del Antiguo Testamento existe una relación fundamental entre el conocimiento de Dios y la praxis de la justicia: “Le ayudó al débil y al pobre a conseguir justicia. ¿No es esto conocerme?, dice el Señor” (Jer 22, 16). También Alfred Delp reconoce esta relación cuando escribía que nadie va a creer en la Buena Nueva de la Salvación y del Salvador/Redentor, “mientras no nos hayamos despellejado hasta la sangre en el servicio al hombre física, psicológica, social, económica, moralmente y de cualquier otra manera enfermo” (IV, 321).

La decisión fundamental de la Compañía por la fe y la justicia se basa bíblicamente en la unidad de amar a Dios y al prójimo: “Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1Jn 4, 20). En una

18. *Cfr.* M. Maier, “Los pobres nos hacen amigos de Cristo. Ensayo para una fundamentación cristológica de la misión de la Compañía de Jesús”, *Revista Latinoamericana de Teología* 23 (2006), pp. 49-61.

situación de injusticia el amor al prójimo se ha de tornar necesariamente en acción por la justicia. En primer lugar, remite a los pobres, a los necesitados y a los explotados, ideas todas que se encuentran en los escritos de Alfred Delp. Hay que repetir aquí una cita que ya mencioné en el apartado “El servicio al hombre”: Mientras el hombre yace en la calle saqueado y golpeado hasta que le salga la sangre, será el prójimo, y por tanto el responsable, aquel que le cuide y que le dé posada, y no quien pasa caminando al “servicio sagrado” negando su responsabilidad por este caso” (IV, 316).

El evangelio repite y prevé claramente que el seguimiento de Jesús y la acción para la justicia llevarán a la persecución. Ignacio de Loyola pedía persecuciones para la Compañía de Jesús. No dudaba de que la persecución era la consecuencia necesaria del seguimiento de Jesús. Por lo tanto, para la Compañía es un honor que solo entre los jesuitas alemanes siete fueron asesinados por los nazis¹⁹. En este sentido, Alfred Delp es un auténtico mártir. No sabemos si un día será beatificado o canonizado. Hasta ahora no se ha iniciado ningún proceso de beatificación. Ni se ha extendido un culto público muy común como en el caso del jesuita Rupert Mayer, quien por haber estado muy activo en la resistencia contra los nazis fue beatificado por el papa Juan Pablo II en 1987. Es cierto que en comparación con Rupert Mayer, Alfred Delp fue mucho menos cercano a la gente popular.

La decisión fundamental por la fe y la justicia significó una nueva persecución para los jesuitas. La XXXII Congregación General habla de “la lucha bajo el signo de la cruz”. Pedro Arrupe, el Superior General de la Compañía de Jesús entre 1965 y 1983, exige de los jesuitas la “acometividad apostólica”, que no solo preparará a la orden para misiones difíciles, sino también permitirá servir de blanco naturalmente para la persecución²⁰. En el libro que Gianni La Bella publicó sobre Arrupe a finales de 2007, se encuentran los nombres de 47 jesuitas que fueron asesinados por su acción para la fe y la justicia desde la XXXII Congregación General²¹.

Dicha congregación también denunció el hecho que “el hombre puede crear un mundo más justo, pero no quiere... Ya no se pueden aceptar las desigualdades e injusticias como destino natural”. Son hechas por hombres y ellos deben dar cuentas. Ha de ser posible, por lo tanto, que el hombre las cambie. Con respecto

19. Hay que mencionar que el número de jesuitas polacos que desaparecieron y fueron asesinados en campos de concentración por los alemanes, durante la Segunda Guerra Mundial, es mucho más alto. En una de las tablillas memoriales en la iglesia de los jesuitas de Krakau aparecen más de 70 nombres.

20. Cfr. I. Ellacuría y M. Maier, *El padre Arrupe: testigo y profeta*, San Salvador, 2007.

21. G. La Bella, *Pedro Arrupe: General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, Bilbao-Santander, 2007, pp. 1061-1065.

a la bienaventuranza de la persecución por causa de la justicia, dice la XXXII Congregación General: “No trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio”.

También la “tercera idea” entre capitalismo y socialismo de Delp se vuelve nuevamente actual. El papa Juan Pablo II dejó claro en sus Encíclicas Sociales desde 1989 que el colapso de los sistemas del llamado socialismo real existente no significa en absoluto que el capitalismo neoliberal sea la única solución. También el papa Benedicto XVI criticó a marxismo y capitalismo por igual en los discursos durante su viaje por Brasil. La crisis financiera internacional, que se ha convertido en una crisis económica mundial, muestra que el sistema global imperante está fallando. También otros temas sociales que Alfred Delp llevó a las planificaciones del Círculo de Kreisau son increíblemente actuales: la obligación de la propiedad a la responsabilidad social, salario familiar, la participación/coestión de los obreros.

Cuando Delp llama a la iglesia a volver a la diaconía, refiriéndose en especial a la parábola del buen samaritano, se anticipa a un aspecto importante de la teología de Johann Baptist Metz y Jon Sobrino. En su nueva teología política, Metz da un papel central a la categoría de la compasión. Está vinculada estrechamente con la “autoridad de los que sufren”, a la que están sometidas todas las religiones y culturas. Así, “una compasión que busca justicia es, en la era de la globalización, la palabra clave del programa universal del cristianismo”²². Lo que une a todas las religiones es la sensibilidad por el sufrimiento de los otros. En ese sentido, Metz aboga por una “coalición de las religiones para salvar y potenciar la compasión social y política en una oposición común contra las causas del sufrimiento inocente e injusto, contra el racismo, contra la xenofobia, contra la religiosidad empapada de nacionalismo y puramente étnica y con sus ambiciones de guerra civil, pero también contra la fría alternativa de una sociedad mundial en la cual el hombre desaparece cada vez más en los sistemas de la economía, la técnica, la industria de la información y la cultura, sistemas vacíos de humanidad, en los que la política amenaza perder su primacía a manos de una economía mundial con sus leyes de mercado, que hacen abstracción del hombre”²³.

Jon Sobrino, por su parte, reformuló la teología de la liberación como “*intellectus misericordiae*” e “*intellectus amoris*”. Se refiere sobre todo a Jesús como hombre de compasión hacia el hombre perdido y sufriente. Y concluye para la teología: “Esta es la consecuencia última para el quehacer teológico de tomar en serio al mundo sufriente, a los pueblos crucificados del Tercer Mundo, como he-

22. *Cfr.* J. B. Metz, “La compasión. Un programa universal del cristianismo en la época del pluralismo cultural y religioso”, *Revista Latinoamericana de Teología* 19 (2002), p. 28.

23. *Ibíd.*, p. 31.

cho mayor: concebir la teología como *intellectus amoris*. Creemos también que en ello consiste la mayor novedad teórica de la teología de la liberación por lo que toca al mismo quehacer teológico. Con ello, la teología se hace más bíblica y más relevante históricamente”²⁴.

Desde diversas perspectivas se pueden encontrar relaciones y paralelismos entre Delp y los mártires de la UCA, sobre todo con Ellacuría. Tanto Delp como Ellacuría fueron intelectuales-filósofos con un interés especial en la filosofía de la historia y de lo social. Ambos estaban convencidos de que la historia del mundo y la historia de la salvación no coexisten una junto a la otra, sino que coinciden. Por ello, vieron en la cuestión de un nuevo orden social el reto y la responsabilidad cruciales para la teología y la Iglesia en el mundo de hoy.

Delp decía que la cuestión social era *el* reto central para la iglesia del siglo XX y que era necesario “reencontrar un orden social”. Ellacuría escribió sobre la “civilización de la pobreza” que “hace de la satisfacción de las necesidades básicas, del desarrollo y del acrecentamiento de la solidaridad compartida el fundamento de la humanización”²⁵. Jon Sobrino la ha seguido como “civilización de la austeridad compartida”, lo cual quiere expresar que hay que repartir los recursos y la riqueza más equitativamente por un lado, y que eso inevitablemente exigirá a los hombres y mujeres de los países ricos limitaciones en su estilo de vida.

Los criterios decisivos para este nuevo modelo de civilización han de ser la universalidad, la justicia y la sostenibilidad. La economía de los países ricos del Norte no es universalizable por razones ambientales. Lo que no es universalizable tampoco puede ser defendible éticamente, según el imperativo categórico de Kant. A escala mundial la justicia significa que todos los seres humanos tengan el mismo derecho a recursos naturales y energía y que las consecuencias ecológicas hayan de distribuirse igual, al menos aproximadamente. Sostenibilidad significa administrar los recursos de tal forma que no se destruyan los fundamentos de la acción y que se tomen en cuenta los derechos e intereses de las futuras generaciones.

Los mártires Alfred Delp e Ignacio Ellacuría no ofrecen soluciones fáciles para el nuevo orden del mundo, pero de ellos provienen luz e inspiración. En este sentido, escribió Jon Sobrino: “Bueno es recordar a los mártires de siglos lejanos, pero es vital recordar a los de nuestros días. Y lo es porque nos siguen iluminando, como pocas cosas lo hacen, sobre la realidad de nuestro mundo y lo

24. Cfr. J. Sobrino, “Teología en un mundo sufriente. La teología de la liberación como ‘intellectus amoris’”, *Revista Latinoamericana de Teología* (1988), p. 261.

25. I. Ellacuría, “Utopía y profestimo”, en I. Ellacuría y J. Sobrino (eds.), *Mysterium Liberationis*, vol. I: *Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, Madrid, 1990, p. 426.

que hay que hacer: se enfrentaron a los ídolos que exigen víctimas en el Tercer Mundo, aunque sus raíces están sobre todo en el primero. Cruelmente éste se aprovecha de los sufrimientos de los pobres”²⁶.

Ignacio Ellacuría, pocas semanas antes de su martirio, en su último artículo “Utopía y profetismo desde América Latina”, escribió lo siguiente sobre “el hombre nuevo”: “Típico, sin embargo, de este hombre nuevo, movido por el Espíritu, es que su motor no es el odio, sino la misericordia y el amor, porque ve en todos a hijos de Dios y no a enemigos por destruir. El odio puede ser lúcido y eficaz a corta distancia, pero no es capaz de construir un hombre realmente nuevo. El amor cristiano no es precisamente blando, pero sí pretende de una manera muy decidida no dejarse entrapar por el egoísmo, ni por el odio, y tiene una muy clara vocación de servicio. Son los señores de este mundo quienes pretenden dominar y ser servidos, mientras que el Hijo del hombre, el hombre nuevo, no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por los demás, por los muchos (Mt 20, 25-28)”²⁷.

Unos pocos días antes de su martirio, escribió Alfred Delp: “Ha llegado el momento de la siembra, no de la cosecha. Dios siembra, un día también cosechará. Quiero esforzarme por una cosa: caer al suelo como semilla sana y fértil. Y en la mano de Dios” (IV, 110). En la última carta que escribió en la cárcel, el 30 de enero de 1945, hay muy pocas palabras: “Oren y crean. Gracias. Delp”. Representan una concentración final del legado de Delp, que todavía hoy inspira en el compromiso por una humanidad más justa.

26. J. Sobrino, *Der Preis der Gerechtigkeit*, *óp. cit.*, pp. 9 y s.

27. I. Ellacuría, “Utopía y Profetismo”, *óp. cit.*, p. 422.